

Аño	Nombre del Emperador	Nombre del Emperador	Nombre del Emperador
1813	Александр I	Александр I	Александр I
"	Александр I	Александр I	Александр I
1821	Александр I	Александр I	Александр I
"	Александр I	Александр I	Александр I
"	Александр I	Александр I	Александр I
1830	Александр I	Александр I	Александр I
1840	Александр I	Александр I	Александр I
1850	Александр I	Александр I	Александр I
1860	Александр I	Александр I	Александр I
1870	Александр I	Александр I	Александр I
1880	Александр I	Александр I	Александр I
1890	Александр I	Александр I	Александр I
1900	Александр I	Александр I	Александр I
1910	Александр I	Александр I	Александр I
1920	Александр I	Александр I	Александр I
1930	Александр I	Александр I	Александр I
1940	Александр I	Александр I	Александр I
1950	Александр I	Александр I	Александр I
1960	Александр I	Александр I	Александр I
1970	Александр I	Александр I	Александр I
1980	Александр I	Александр I	Александр I
1990	Александр I	Александр I	Александр I
2000	Александр I	Александр I	Александр I
2010	Александр I	Александр I	Александр I
2020	Александр I	Александр I	Александр I

ДИРЕКЦИОНАЛЬНЫЕ РАБОТЫ  
 ПО ОБРАЗОВАНИЮ И НАУКЕ  
 В ГОДАХ 1813-1920



## CAPITULO IV.

I

Martínez Campos, pacificador de la Isla.—Segunda insurrección cubana.—Jefes revolucionarios.—Actitud de España ante el movimiento.—Segundo mando del General Martínez Campos. Primo de Rivera y Weyler.—El presidente y el senado americano desaprueban la conducta del General Weyler en Cuba.—Estado de la guerra de insurrección el año de 1897.



on grandes muestras de alegría fué recibida la noticia de la terminación de la guerra por todos los habitantes de la Isla.

Aquel pueblo tras nueve años de constante lucha, sentíase ya exangüe, ávido de recobrar su tranquilidad y de volver al camino de la paz benéfica que le rehabilitara en sus inmensas pérdidas causadas por la tea incendiaria y por la devastación que tras sí habían dejado las hordas de foragidos, mezclados, para confundirse, con los patriotas.

Aquellas familias huérfanas, aquellos hogares desiertos, aquellas tribus acéfalas, clamaban piedad, de uno á otro confín de la antilla, y pedían en un tono más conmovedor que el que pudieran haber empleado todos los oradores del mundo, el término de tanta crueldad y desolación.

El general Martínez Campos fué el afortunado gobernante á quien cupo la suerte de realizar en pocos meses lo que sus antecesores no habían logrado en varios años.

Uniendo la severidad á los halagos fué poco á poco domando á aquellas huestes rehacias á todo lo que significara cesar un punto en sus propósitos, hasta conseguir que acudieran dóciles á su llamado, para firmar las bases de un convenio amistoso.

El pueblo le aclamó entonces llamándole el héroe de la paz. Fué objeto de múltiples manifestaciones de gratitud por haber puesto fin á aquella guerra que amenazaba acabar con los habitantes de la comarca.

Para celebrar este plausible acontecimiento se celebraron festos públicos.

Desgraciadamente aquella paz no fué tan duradera como habría sido de desearse. Los jefes insurgentes que no quisieron adherirse al tratado del Zanjón emigraron de la Isla para continuar paulatinamente sus trabajos separatistas, en las juntas revolucionarias de Estados Unidos.

Algunos escritores españoles así lo comprendieron y encarecían al gobierno la necesidad de implantar en Cuba las soñadas reformas, ya que no la autonomía. El escritor J. Sedano dijo: «la guerra de Cuba está aniquilada, está vencida, pero no está muerta y no lo está por culpa del gobierno, ni lo estará mientras no se cambie de conducta.» (1)

Desde poco tiempo después de firmada la capitulación por Máximo Gomez, se reorganizó la Junta cubana de Nueva York y se empezaron á reunir fondos para el envío de expediciones filibusteras cuando llegase la ocasión propicia para reanudar la guerra.

Esta junta tenía ya entonces delegados en nuestro país, en Colombia, Brasil, Venezuela, Perú y casi todas las repúblicas sud-americanas.

No cesaron por completo las tentativas de invadir á Cuba y resucitar la revolución. Durante los dieciseis años que transcurrieron de una á otra guerra, hubo pequeños levantamientos sin importancia, excepto el verificado en 1884, que llegó á tomar serias proporciones, pero fué extinguido al cabo.

Cuando el tratado del Zanjón cumplía exactamente dieciseis años de terminado, estalló con más fuerza la revolución cubana.

Las primeras noticias que se publicaron á este respecto, afirmaban que una partida de bandoleros había aparecido en la Isla y que su única misión eran el robo y el pillaje; poco después se supo que no una, sino varias gavillas merodeaban en los caminos cometiendo toda clase de depredaciones é infundiendo la alarma entre los pacíficos habitantes.

Que no era esta la verdad de lo ocurrido en Cuba lo demostraban claramente dos hechos muy significativos. El uno era la inusitada festinación con que se discutían y aprobaban en las Cortes las reformas para la Antilla, siendo inmediatamente aprobadas y puestas en práctica, á la sazón que circulaban los rumores sobre tales desordenes. El otro hecho correlativo fué el nombramiento del general Martínez Campos para Capitán general de la Isla.

(1) Emilio Soulé,—"Historia de las insurrecciones de Cuba," Tomo II, pág. 680.

En efecto, se trataba de reprimir no ya las correrías de unos cuantos foragidos sino el renacimiento de la insurrección, y con este motivo á la vez que se planteaban las reformas pedidas hacía tanto tiempo, que quitarían el pretexto de la revolución, se enviaba al Mariscal Martínez Campos, único que había podido extinguir en poco tiempo la pasada guerra, y cuyos buenos servicios tenía muy presentes el gobierno.

## II

Era en realidad el peligro más serio de lo que al principio se supuso: los jefes rebeldes Bartolome Massó, Antonio López, Amador Guerra, Santos Pérez Colona, Manrara, Miró, Rabí, Dr. Juan Gualberto Gómez, Martí y otros habían dado el grito insurrecto en el pequeño pueblo de Baire, secundados por muchos de sus partidarios.

El movimiento principió con gran fuerza. A fines del mes de Febrero había sobre las armas 6.000 rebeldes con municiones suficientes de boca y de guerra, y se afiliaban por centenares los descontentos. De la Junta de Nueva York se habían recibido provisiones y armamento americano y continuábase ayudando por todos los caminos al movimiento.

El 16 de Abril de aquel año llegó á la Isla el general Martínez Campos, nombrado para dirigir las operaciones, y pocos días después contaba con 40.000 voluntarios enviados de España. También el general Primo de Rivera tomaba posesión de su mando.

Máximo Gómez que había permanecido fuera de la Isla desembarcó el mismo mes, procedente de Santo Domingo, trayendo algunas tropas y provisiones.

Volvieron pues á desarrollarse escenas idénticas á las de la insurrección pasada. Se emprendió la más ruda campaña contra los rebeldes á quienes se trataba como bandidos; ellos por su parte no queriendo desmentir este dictado se hubieron de entregar á toda clase de excesos y depredaciones, incendiando las sementeras y hostilizando á todo el que no se alistaba en sus filas.

El general Martínez Campos publicó desde luego una proclama excitando á la sumisión á la autoridad é imponiendo severas penas á los que contribuyeran directa ó indirectamente á la continuación de la guerra, y después de dictadas estas medidas emprendió la campaña personalmente, con mucha actividad.

Sus esperanzas fueron tales al principio, que en una comunicación oficial aseguró al gobierno de España que la pacifica-

ción era obra de pocos meses, pues había destruido los principales focos del desorden.

Casi al mismo tiempo el jefe rebelde Guerra enviaba el siguiente mensaje á su corresponsal en Cayo Hueso:

“Diga al *Herald* prevenga á nuestros numerosos amigos en los Estados Unidos que no crean todos los cuentos sobre derrotas de revolucionarios, inventados diariamente por las autoridades españolas, pues son absolutamente falsas. Nuestra situación es muy satisfactoria y para á mediados de Junio tendremos en compañía 20.000 hombres.”

El periódico referido envió poco después á dos representantes suyos á España, con objeto de que inquiriesen el verdadero estado de la opinión de los hombres prominentes sobre la cuestión de Cuba. Los enviados especiales del *Herald* pudieron comprobar que existían en España dos sentimientos que dominaban á todos los demás, á saber: un deseo general de cultivar las más amistosas relaciones con los Estados Unidos y una decidida y unánime resolución de que España no se deshiciere de la isla de Cuba por ningún motivo.

Tal fué el resultado de las consultas hechas á Cánovas del Castillo, Sagasta, Moret, Castelar y á los jefes de la oposición.

### III.

A fines del año de 95 el ministro español en Washington Sr. Dupuy de Lome describiendo el carácter político de la guerra de Cuba, la posibilidad de extinguirse y la influencia americana se expresaba en estos términos:

«La insurrección cubana es un fracaso. Mas suponiendo que mañana triunfara y se realizase la absoluta independencia de Cuba, el resultado sería la división de la Isla en dos gobiernos: el de Oriente que formaría una república negra, y el de Occidente, con una república blanca. El alzamiento es pura y simplemente una insurrección negra, aunque no he de negar que haya blancos identificados con el movimiento, porque siempre habrá visionarios, criminales y vagos dispuestos á tomar parte en cualquiera reyerta.

«Cuanto más adelanta el movimiento, más claro se va viendo que sus jefes son criminales y que su obra se dirige principalmente contra la propiedad particular. La gran mayoría de la población cubana no simpatiza con ellos. Casi todos los cabecillas de más importancia son negros; el único blanco de cuantía en las filas insurrectas es Máximo Gómez, y estoy persuadido de que ha recibido \$ 45.000 por sus servicios. No es la primera vez que se ha vendido, y el general Martínez Campos puede probarlo.

“Los insurrectos se proponen ahora enviar á Cuba á Calixto García, porque comprenden la necesidad de tener más jefes blancos por el efecto que esto ha producido en el exterior.

García debe la vida á España, su hijo fué cuidado por nuestro Gobierno, y después de todo no ha titubeado en faltar á su palabra de honor. García es un monumento viviente de la clemencia española.

“Hay muy poco peligro de que los Estados Unidos reconozcan como beligerantes á los rebeldes, que no son otra cosa sino merodeadores dedicados á destruir sin consideración ninguna más las propiedades de americanos y cubanos, que las de españoles. La razón por la cual los rebeldes quieren que este país los reconozca, es porque de este modo esperan fomentar un espíritu de malquerencia; y, finalmente, la guerra entre España y los Estados Unidos, para que los soldados americanos vayan á pelear por ellos.

“Estos conspiradores contra la paz de las dos naciones saben muy bien que las fuerzas españolas se encuentran y marchan sobre el enemigo, este se fracciona en pequeñas partidas que huyen. Si los Estados Unidos reconocieran el estado de beligerancia á la insurrección, España adquiriría el derecho de visita en alta mar. En virtud del mismo, el de registrar, y registraríamos á los buques sospechosos que se dirigieran á Cuba.

“... Las pretensiones de los insurrectos no se inspiran en la buena fé, no siendo otra cosa que esfuerzos, apenas disfrazados, para enredar en graves dificultades á los dos gobiernos.

“Muchas personas preguntan: ¿en qué consiste que el General Martínez Campos no concentra sus tropas, marcha contra las guerrillas y acaba con la insurrección? Tanto valdría que yo preguntara por qué el Jefe de policía de Nueva York no se pone á la cabeza de numerosas fuerzas de policía uniformada y marcha contra los criminales que infestan la ciudad, acabando de una vez contra las transgresiones de la ley? Cada vez que las fuerzas españolas se concentran y marchan sobre el enemigo, éste se fracciona en pequeñas partidas que huyen y se ocultan en los montes. Nuestras tropas no pueden estar á la vez en todas partes.

“Las partidas ó guerrillas se presentan subrepticamente en tal ó cual lugar, robando y quemando á su paso y cuando se envía una columna á castigarlos, se desvanecen. Es cosa difícil el coger á las guerrillas y bien claro lo ha visto el Gobierno americano en sus luchas con los indios. No quiero decir que entre los insurrectos no haya hombres valientes, ni que no peleen de vez en cuando; pero sus operaciones no constituyen

verdadera guerra. Los rebeldes y sus jefes negros no se dedican á pelear contra los soldados de España, sino más bien á perjudicar la propiedad particular.

«España ha enviado á Cuba 190,000 hombres de tropa y el mes entrante se enviarán 7,000 más, en adición á un regimiento de artillería montada y á un batallón de señales.

«España tiene toda clase de elementos para sofocar la insurrección; los rebeldes no tienen la menor probabilidad de éxito, y es cuestión de tiempo, el que, agotados sus recursos, se entreguen. La masa general de las partidas podrá hacerlo sin temor, pero los cabecillas, responsables de los crímenes cometidos, serán castigados severamente.

«Comprendo muy bien los sentimientos que han impulsado á muchos ciudadanos de este país á hablar en favor de lo que creían una lucha por la libertad. Pero el verdadero carácter de la rebelión no se puede ocultar y se va comprendiendo. El Gobierno de los Estados Unidos ha manifestado honrosas disposiciones á cumplir las obligaciones que le imponen sus tratados con España; mas sin que pretenda formular censuras enemistosas, parece que las leyes del país son bastante elásticas para permitir que personas que un día se denominan cubanas y al día siguiente ciudadanos americanos, tengan establecido en Nueva York un centro desde el cual lleven adelante de la manera más pública operaciones dirigidas á perturbar el sosiego del territorio de una nación que está en paz con los Estados Unidos.

«España ha traído á Cuba á un estado de gran prosperidad. Recuérdese lo que era Santo Domingo bajo España y mírese el estado en que se haya hoy.

«Lo mismo digo de los países de la América del Sur, hablando desde luego con el respeto debido á esos jóvenes gobiernos.

«La mayor desgracia que podría sobrevenirle á Cuba sería perder la protección de España. Así lo comprende la mayoría del pueblo cubano, y por eso no simpatiza con los rebeldes.»

A fines de Enero fué removido de su puesto el general Martínez Campos quien al ser entrevistado por un *reporter*, dijo: Ya no soy Capitán General. Ahora soy un particular, y puedo decir á U. que *mi remoción no dará los resultados que se van buscando.*

#### IV.

Fué nombrado interinamente el general Marín y á principios de Febrero de 96 se nombró al general D. Valeriano Weyler para que prosiguiese la campaña.

Cuando desembarcó en la Isla se expuso en estos términos á cerca de su misión.

«La situación es muy grave; con el enemigo á sólo nueve millas de la capital; con el espíritu de las tropas españolas bajando más cada día; con el ejercicio inútilmente subdividido en pequeños destacamientos, no es posible que haya un peor estado de cosas».

No repetiremos aquí las proverbiales medidas extremas á que apeló el General Weyler, sólo diremos que al ser publicado el bando en que las anunciaba; obtuvo como contestación otra proclamación de Máximo Gómez, en que le hacía saber que si fusilaba á todos los prisioneros de guerra, él, (Gómez) en justa represalia, haría fusilar también á todos los españoles que vieran á sus manos.

Se expidió por Weyler el memorable bando que disponía la concentración en las ciudades de todos los campesinos y en general de cuantas personas residiesen en el Campo, las cuales deberían refugiarse dentro de las líneas españolas, para ser protegidas. Todos los pasaportes y salvoconductos fueron declarados nulos, y conforme á una segunda disposición, todo el que desease viajar por el interior tendría que solicitar pasaporte, dando garantías de su persona, objeto de su viaje, papeles etc. Y por fin expidió un tercer bando por el cual delegaba poderes y facultades extraordinarias en el ramo judicial, á los diversos generales en jefe del ejército y con objeto de juzgar sumariamente á los reos políticos.

Al día siguiente se leía este cablegrama de la prensa asociada:

«El presidente Cleveland está muy indignado contra los bandos publicados por el general Weyler en Cuba. Los considera bárbaros y contrarios á todas las reglas de un estado de hostilidades entre naciones civilizadas.

«La medida que todos los habitantes de los campos abandonen sus propiedades y se pongan al abrigo de las líneas españolas, y que de no hacerlo así serán considerados como rebeldes y tratados como tales, la considera como altamente atentatoria, sobre todo en el caso de ciudadanos americanos, que poseen valiosas propiedades en los campos.

En 21 de Febrero comunicaba lo siguiente, con motivo de los debates en las Cámaras, para la adopción de las «resoluciones», el representante de la Prensa asociada:

«Las probabilidades de una guerra con España, como resultado de la adopción por el Senado de la «resolución» reconociendo la biligerancia de los revolucionarios cubanos, han conmovido ayer á todo el país desde Alaska hasta la Florida; y el discurso del senador Morgan ha sido el tema obligado de todas las conversaciones.

«En general no es una sorpresa para el país el que se llegue á reconocer la beligerancia de los revolucionarios, porque tal reconocimiento es el deseo claramente expresado hace mucho tiempo de todo el pueblo americano.

«En cuanto á los temores de que sobrevenga una guerra con España, con motivo de tal reconocimiento, el senador Lodge dijo ayer que es el deber de los Estados Unidos obrar firmemente sin vacilaciones y de una manera efectiva y agregó "las pasadas relaciones entre los Estados Unidos y España no presentan lazo alguno de gratitud, de consideración, ni mucho menos de intimidad ó de sangre, para hacernos vacilar en lo que debemos hacer»

«Entre los asertos del senador Morgan figura el de que España, al fin y al cabo, agradecerá á los Estados Unidos el que le ofrezca una oportunidad de declararle la guerra, «porque de esa manera se desembarcará de Cuba con cierto decoro.»

«La idea de una guerra con España, dijo Mr. Morgan, no debe hacer vacilar al Congreso en adoptar la resolución, que reconoce la beligerancia de los cubanos hacia los cuales hay la obligación, de parte de los Estados Unidos de ayudarlos á salir de la insoportable tiranía que, justamente, quieren sacudir»

«Mr. Pratt preguntó que efecto tendría la aprobación de la resolución sobre beligerancia, si el presidente Cleveland le niega la suya.

«Mr. Morgan contestó que la cuestión es muy delicada y que merece ser estudiada.

«Mr. Hale dijo: «yo creo que la guerra con España tiene que ser el resultado de una resolución que, en este sentido, tomemos».

«Mr. Morgan continuó diciendo que "es evidente que el orgullo de España está en juego en la pérdida de la isla de Cuba; pero que también lo es que preferirá perderla en una guerra con los Estados Unidos y nó porque los cubanos se la arrebaten."»

«El mismo senador cuando continuó su discurso se quejó de la condición de los cubanos en aquella guerra, llevada á cabo contra ellos por el general Weyler contada clase de actos de exterminio, hasta convertir la isla en un oceano de sangre.

«Los diarios de Madrid y de la Habana contestaron á las frases de Morgan en un tono áspero y vehemente.

«*El Imparcial* de Madrid acusó al Sr. Cánovas del Castillo de tener un exceso de paciencia con «esos yankees.»

El mes siguiente se observaba ya en toda España un movimiento antiamericano.

En San Sebastián se había abierto una suscripción para la compra de buques.

En Toledo, Málaga, Cadiz y Salamanca, hubo manifestaciones anti-americanas muy vehementes.

Estas demostraciones desordenadas aumentaron desde que el 6 de Abril siguiente se aprobó por la Cámara de Representantes americanos del reconocimiento de la beligerancia cubana.

Poco después de esa fecha se abrió en Estados Unidos una suscripción á un esupréstito de 2,000,000 de pesos sobre bonos de la República cubana, con gran éxito.

Desde California á Maine hubo demanda por ellos y se pudieron colocar á 62½ centavos en cada peso, por término medio, y en muy poco tiempo.

Las alarmantes noticias propaladas por los periódicos americanos en Abril de 96 contribuyeron no poco á aumentar la tirantez de las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, así como también, el haber sido expulsados el mes siguiente por el General Weyler los periodistas corresponsales del *World* y el *Journal*, de Nueva York.

Citaremos dos despachos de la Agencia "Panamerican News Bureau" fechados el 29 de Abril, que refieren dos estupendas historias, sin otro resultado que el que acabamos de indicar:

«Nueva York, Abril 29. —La legación española en Washington y el Cónsul General de España en este puerto acaban de descubrir un plan fraguado por cubanos para volar un buque de guerra español y al mismo tiempo interceptar uno de los vapores trasatlánticos españoles y apoderarse de una fuerte suma de oro que el gobierno español envía para pagar á sus tropas.

«Tratábase además de apoderarse del puerto de Nuevitas haciendo ciertos movimientos en la parte oriental de la Isla á fin de provocar la concentración de tropas en aquel rumbo para debilitar la vigilancia de la trocha.»

A la vez se cruzaba el otro mensaje, no menos alarmante, fechado en la Habana. Su contenido era este:

«Ayer á las 11 y 30 de la mañana ocurrió una explosión que se cree fué de dinamita ó de algún poderoso explosivo en el palacio del Capitan General.

«Las averiguaciones practicadas revelan que la explosión ocurrió en una covacha en la parte baja. Una parte del edificio quedó convertida en un montón de escombros; las paredes que no cayeron están cuarteadas.

«Un cajista de la imprenta de la capitanía general fué herido.

«Al principio se creyó que había hecho explosión una de las calderas de vapor; pero á poco no cupo duda alguna que la explosión había sido causada por cierta cantidad de dinamita. Ignorase todo pormenor»

Reproducidos ambos telegramas por muchos periódicos de Estados Unidos y de otros países causaron gran sensación, y más cuando ocho días después aún no se publicaba la completa rectificación de tales falsedades.

Otro incidente notable fué la captura de la expedición filibustera que conducía el vapor americano, «Competitor,» por las circunstancias que la acompañaron. Sus tripulantes eran casi todos americanos y al ser capturados se hizo fuego sobre ellos, dando muerte á seis. Los demás fueron puestos en la prisión del Morro y juzgados por un consejo de guerra.

Llamó entonces la atención que al mismo tiempo que el ministro americano en la Habana, pedía ciertas explicaciones al gobierno de la Isla sobre el caso del «Competitor,» recibiera orden la escuadra del Norte Atlántico para reunirse en Tompkinsville.

### V.

Entre tanto la guerra continuaba en Cuba con mas encarnizamiento por una y otra parte.

Los siguientes datos de origen español, revelan que la actividad de la campaña en aquella segunda revolución había aumentado en 1896. Estos datos, confrontados con los de otras fuentes, resultan acordes. Del 24 de Febrero que empezó la guerra á Diciembre 31 de 1895 las bajas del ejército revolucionario eran:

Muertos: 26 jefes y oficiales y 1190 soldados.

Heridos: 358. Prisioneros: 4 jefes y oficiales y 330 hombres.

Hasta el día último de Abril, en los cuatro meses transcurridos del año de 96, tuvieron además estas bajas:

Muertos: 37 jefes y oficiales y 3085 hombres.

Heridos: 12 jefes y oficiales y 1618 hombres.

Prisioneros: 12 jefes y oficiales y 350 hombres. Además de 13 jefes y oficiales y 670 hombres que se rindieron.

En cuatro meses de 96 tuvieron pues los rebeldes 3122 muertos; en tanto que en poco más de los diez meses anteriores solo habían tenido 1216, ó sea siete veces ménos, próximamente.

El total de bajas habidas en los catorce meses, en las filas insurrectas, es de 4338.

En cuanto á las de los españoles, según los mismos datos oficiales, de fuente española, habían sido, desde el 24 de Febrero de 95 en que estalló la guerra, hasta el día último de Marzo de 96, las siguientes:

Muertos por efecto del clima y de accidentes de la guerra: 3 generales, 29 jefes, 272 oficiales y 4892 hombres; total, 5196.

Estas cifras dan una idea no sólo del cruento sacrificio que á España costaba la guerra; sino también de la actividad con que eran dirigidas las operaciones por el general Weyler, según hemos dicho.

Con todo, no fué este el período álgido de la lucha, como se verá en seguida.

Este militar cuya extremada rigidez se ha querido traducir en crueldad, no fué á hacer la guerra, según sus mismas expresiones, «con caramelillos,» esto es, las medidas severas no escasearon en todo el tiempo que la campaña estuvo dirigida por él. Tenía órdenes del gobierno español para acabar con la insurrección, y cumplía con ellas fielmente.

Hoy que el éxito de la guerra no ha sido de España, se oyen, entre sus mismos compatriotas, muy duras recriminaciones á su proceder.

Pero ¿son fundados los cargos que se le hacen?

Una de las cuestiones más viejas en el mundo es, sin duda, la de, hasta qué punto permiten los usos de la guerra emplear los actos de crueldad. El que dispone de la fuerza puede transgredir los usos y costumbres, ya que no se puede decir las leyes, de la guerra hasta el límite que marque su voluntad. Y como no se crea que esto es una mera teoría, recordaremos el hecho de haber disparado la artillería alemana contra las ambulancias de la Cruz Roja, en la guerra franco-prusiana. Recordaremos los hechos que hemos narrado en la guerra de los Estados Unidos, que se ahorcaban en las plazas públicas, después de confiscarles sus bienes, á los partidarios de la abolición de la esclavitud, ó los abolicionistas ahorcaban á sus enemigos.

En nuestro país, ¿no tenemos una multitud de hechos análogos al de la ejecución de los jovencitos practicantes de medicina, de los mártires de Tacubaya, que en el largo período desgraciadamente fecundó en guerras, que acabamos de pasar, se desarrollaron?

No creemos asista pues ningún derecho de reclamar una conducta humanitaria á los que se lanzan á la guerra. La guerra es en sí misma el trastorno, la anarquía de todos los derechos. El juez de ella es únicamente, lo ha sido y lo será, la fuerza.

Por estas mismas consideraciones no creemos haya asistido ningún derecho á los Estados Unidos para inmiscuirse en la cuestión de Cuba, so pretexto de las crueldades cometidas por Weyler.

Los actos de crueldad no faltan en ninguna guerra, más cuando ésta es de larga duración.

Weyler redobló sus esfuerzos para extinguir la insurrección á fines de 96. Después de haber establecido la línea de defensa llamada la trocha, que dividió las provincias sublevadas de la